

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



EL CAMINO DEL ARTE

por

LIL DAGOVER

N.º 98

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Carles, 719. - Barcelona

Año II

N.º 98

El Camino del Arte

(DER DEMUTIGE UND DIE SPENGERIN, 1925)

Adaptación literaria de la película del mismo
título, basada en la célebre novela de Felix
Hollander «El músico y la cantante»

Interpretación: LIL DAGOVER, EBERHARD LEI-
THOFF, WANS MICHENDORFF, ARNOLD KURPE, HANNA ROTE KUPFER

Dirección: E. A. DUPONT

EXCLUSIVA DE

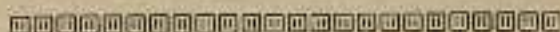
L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66. — Barcelona



Prohibida la reproducción
sin el consentimiento
por la censura gubernativa.

J. Forts. impresor - Barcelona



El Camino del Arte

Argumento de la película

670

En la quietud del paisaje, devoraba kilómetros y kilómetros el expreso de Berlín. En su interior, la "Bella Mini", artista del género infimo, que era ya casi una figura de la historia, se dirigía a la suntuosa capital alemana en compañía de su sobrina Loretta Sanders, una linda muchacha que empezaba a asomarse al mundo, con la esperanza de que el tesoro de voz que guardaba en su garganta le permitiera ascender, uno a uno, los escalones de la gloria.

En el mismo departamento y al lado de la joven, viajaba también el joven Roberto Krenser, un compositor de talento, según sus anti-

gos, y una calamidad, según los editores y empresarios a quienes se había tomado la molestia de visitar. En realidad, era uno de esos jóvenes soñadores que marchan sin ver la prosa de la vida, puestos sus ojos en la llama del ideal.

Una mutua simpatía unió, desde el primer instante, a los dos enamorados del arte, y hablando cada uno de sus sueños de gloria dejaron volar sus pensamientos hacia los encantados países de la quimera.

Lo más lejos posible del abigarramiento de la tercera clase, ocupaba un lujoso coche de primera el conde Esteban de Voronoff, rico aristócrata, a quien su estado de célibe empezaba ya a parecerle una enojosa carga.

El ligero convoy, con su carga informe de viajeros, acababa de entrar en la frontera alemana, y todos los pasajeros se amontonaban en la aduana fronteriza para que la revisión de sus equipajes fuese hecha lo antes posible, con ese deseo inexplicable que se siente, ante las grandes aglomeraciones, de ser el primero entre todos.

Entre ellos se encontraba la "Bella Mimi", en cuya maleta llevaba ocultas dos botellas de licor; al descubrirlas, el empleado de aduanas exclamó:

—Lo siento mucho, señora... pero, o paga

usted los derechos y la multa correspondiente, o le decomiso las botellas.

El apuro de la vieja artista era tremendo. No llevaba dinero suficiente, y el empleado no desistía de sus propósitos, a pesar de los ruegos y súplicas de la pobre mujer, que veía acercarse la hora de salir el tren sin que ella pudiera marcharse, ni tomar otro por la falta de recursos.

Lacrecia, algo retirada del grupo que formaban su tía y el aduanero, contemplaba asustada aquella escena, cuando acertó a pasar el conde de Voronoff, que impresionado vivamente por la belleza de la muchacha, se dio cuenta de lo que ocurría y se acercó al empleado preguntando:

—¿Puedo saber la cantidad que debe pagar esta señora?

Satisfizo la cantidad que se le exigía, y ante el asombro de la pobre artista, que se deshacía en reverencias agradeciéndole su acción, las invitó a que subieran a su coche, diciéndoles:

Pasen a mi departamento, que irán más cómodas.

Accedió la "Bella Mimi", pero su sobrina, pretextando el ir a recoger los demás bultos, volvió al vagón que hasta allí había ocupado.

para no estar junto a aquel hombre que le inspiraba un inexplicable temor.

Poco después, el expreso reanudaba su marcha, y la artista, para darse a conocer al aristócrata, fingió haber perdido algo, hasta que finalmente exclamó:

—¡Oh, qué miedo he pasado! ¡Creía que se me había perdido mi contrato!

—¿Es usted artista?—le preguntó el Conde.

—Sí, señor. Voy a cantar al café Pullmann, uno de los mejores de Berlín.

—¿Y la jovencita que va con usted es también artista?

—Ella no; es un sobrino y la quiero como si fuese una hija. Si la oyerá usted cantar, se quedaría admirado. Tiene una voz deliciosa. ¡Oh, si yo tuviera dinero para hacer que le diese lecciones!... ¡Pero un profesor de canto vale una fortuna!

—¿Dónde está?... ¿Por qué no le dice usted que venga a charlar un rato con nosotros?

Lucrecia, mientras tanto, había reanudado la conversación con Roberto, y ambos jóvenes soñaban despiertos, hablando de sus propósitos para el porvenir. Ella, de su ilusión por llegar a ser una artista célebre; y él, con llegar a conquistar la gloria y hacer que su nombre fuera unido al de los más famosos compositores.

Cuando llegó su tía para hacerla cambiar de vagón, el joven se ofreció a llevar los paquetes y, al ver al conde de Voronóff, a quien



... el joven se ofreció a llevar los paquetes...

conocía por lo que de él había oído hablar, se acercó a la joven y le dijo:

—Perdone usted que, sin conocerla apenas, me atreva a darle consejos, señorita; pero desconfíe usted de ese señor.

Durante el resto del viaje, el aristócrata, sin poder disimular el efecto que le había produ-

cido Lucrecia, agotó para con ella todas sus galanterías e incluso se ofreció a pagarles los gastos de un profesor de canto para que pudieran satisfacer su capricho de ser una cantante célebre.

A pesar de todo, Lucrecia observaba en las palabras del Conde un acento tan poco sincero, que agradeció su ofrecimiento, pero con la plena intención de no hacer nunca uso de él.

*
**

El debut de la "Bella Minú" en el Pullmann tuvo tanto éxito, que si la infortunada artista no escapa pronto, la descalabran.

El escándalo fue mayúsculo. Silbidos, gritos de ¡fuera!, y cuando la pobre mujer se vio

en su cuarto, se arrojó en los brazos de su sobrina, exclamando:

—¡Van a echarme, Lucrecia, van a echarme!

El señor Pullmann, dueño del café que llevaba su nombre, no era hombre que gastase demasiada retórica con las artistas de la casa, y al ver el fracaso de la "Bella Minú" entró en su cuarto y, encerrándose con ella con esa brutalidad propia de los hombres acostumbrados a tratar con estas pobres mujeres, le dijo:

—No puedes seguir aquí, ahueca. Mañana pasa por la caja.

El dolor de la antigua artista era inmenso. Se veía en una población extraña y sin recurso alguno para poder sostenerse.

—¿Qué será de nosotros, Lucrecia! — exclamaba llorando desconsoladamente.

Pero de pronto el nombre del conde de Voronoff, cuya tarjeta conservaba, apareció en su imaginación como única tabla salvadora a donde podrían asirse, para librarse del naufragio que las amenazaba. Conoció la antipatía que este hombre inspiraba a su sobrina y, no obstante, ante lo crítico de la situación se atrevió a aconsejarle:

—Tienes que ser razonable, Lucrecia... El señor Conde me ha pedido tu mano, ha prometido hacerte artista y no es cosa de desperdiciar esta ocasión.

—¡No, tía, no! — volvió a protestar una vez más la joven —. ¡Ese señor me es antipático y no quiero ni oír hablar de él!

Pero su tía no se daba por vencida con



—No puedes seguir aquí, abuela. Mañana para por la caja.

aquella obstinada negativa, y continuó diciéndole:

—Créame, Lucrecia, no seas loca, no tires tu porvenir por la ventana... Yo tengo experiencia... una experiencia que he ido adqui-

riendo a costa de sufrimientos y privaciones. La juventud pasa en seguida, sin darse cuenta... y es necesario estar bien asegurada, tener un hogar, si es posible, para cuando aparezcan las primeras canas...

Lucrecia, ahogando los sollozos que a su garganta aflúan, escuchaba en silencio las palabras de su tía, y no podía menos que comprender toda la triste realidad; pero el solo pensamiento de nupiar su vida a la de aquel hombre, estremecía su cuerpo con un sentimiento de profunda repugnancia.

Su tía, al ver que la joven no protestaba con la energía de otras veces, creyó que había llegado el momento oportuno de librar la batalla definitiva y continuó diciendo:

—¡Mirame a mí!... Tengo treinta y ocho años... ¡Y qué soy?... ¡Un guñapo!... un trapo viejo a quien todo el mundo se cree con derecho a darle con el pie!... ¡Tú sueñas con la gloria!... ¡Pero no sabes, infeliz, que la voz más bella del mundo necesita ser educada? ¡Y para eso se necesita dinero, dinero y dinero!

Continuó hablándole la artista, pintándole el porvenir con los más negros colores, hasta que la joven, no pudiendo sufrir más aquella conversación que la volvía medio loca, la interrumpió gritándole:

— ¡Basta, tía, por Dios! ¡No quiero sacrificar mi juventud! ¡Prefiero sufrir todas las calamidades, antes que renunciar a mis ilusiones!

Pasaron varios días de triste peregrinación por los cafés en busca de una contrata que no llegó. El hambre y la miseria hicieron su ténica aparición, y cuando se agotaron por completo los escasos recursos de que las mujeres disponían, la "Bella Mimi" se presentó en casa del conde de Voronoff. Entre lágrimas y lamentos le explicó la pobre mujer la desgracia que las rodeaba, y cuando terminó su narración, el aristócrata, con su imperturbable serenidad, le contestó:

— Si lo que desea usted, señora, es un préstamo, lo siento mucho... pero tengo por sistema no prestar dinero a nadie.

El conde de Voronoff era un hombre que estaba convencido de la superioridad que dan los millones sobre los humildes, y acostumbraba a tratar a los que consideraba inferiores a él con verdadero despotismo.

Al ver que la tía de Lucrecia hacía ademán de retirarse, la detuvo con un gesto, y le dijo:

— Usted sabe que me gustaría casarme con

su sobrina, pero, hablando francamente, la presencia de usted cerca de mí me resulta insostenible. Voy a hacerle una proposición, a la que usted contestará sí o no, como mejor le parezca:

Esta tarde, a las siete, me esperará usted con su sobrina en mi palco de la Ópera; media hora después, o sea a las siete y media, usted, con un pretexto cualquiera, nos abandonará.

— ¡Eso es imposible! — contestó indignada de la proposición —. Mi sobrina es para mí como una hija, y ni la abandono yo, ni ella permitiría que la dejase sola con un hombre!

El Conde, sin alterarse en lo más mínimo por aquella exclamación, continuó hablando, como si no hubiera sido interrumpido:

— Puede usted decirle que volverá a cenar conmigo, pero en realidad tomará usted, una hora después, el expreso de Munich, para no volver nunca más. Yo le doy mi palabra de honra de casarme con Lucrecia.

Para la "Bella Mimi", la idea de separarse para siempre de su amada sobrina era harto dolorosa, pero, por otro lado, comprendía que la vida de la joven, a su lado, no sería más que un triste rosario de penas y calamidades de las que nunca se vería libre.

Pensando tan sólo en la felicidad de la jo-

ver, aceptó la proposición del Conde, que le dijo:

—Voy a extenderle un cheque que le permitirá vivir con holgura durante muchos años. Pero se comprometerá usted formalmente a no volver a ver a su sobrina en todo lo que le queda de vida.

Y una vez más el conde de Voronoff, valiéndose de su oro, satisfizo su capricho de hombre millonario.

Llena de alegría, acudió Lucrecia con su tía al teatro de la Ópera, y poco después se presentó el conde de Voronoff en el palco que ocupaban las mujeres.

Aquella tarde se representaba "Carmen", y bajo la influencia mágica de la música de Bizet, el alma de Lucrecia, sedienta de gloria, se elevaba hacia el dorado mundo de la quimera.

Ajena a cuanto la rodeaba, no advirtió la desaparición de su tía, y cuando, al terminarse la función, preguntó por ella, el Conde le contestó:

—Se aburría aquí y se ha marchado a casa, donde nos espera para cenar.

Lucrecia creyó inocentemente la explicación del aristócrata, y no opuso el menor reparo en seguirlo a su casa, donde esperaba encontrar a su tía.

La suntuosa morada del Conde había sido cuidadosamente ornamentada y ofrecía un aspecto encantador.

Lucrecia, cohibida ante aquel derroche de lujo y ostentación, se atrevió a preguntar, al sentarse a cenar:

Pero, y mi tía, ¿dónde está?

Su tía ha dicho que no la esperásemos, porque seguramente no volvería.

¿Qué lejos estaba la pobre Lucrecia de pensar que la vieja artista, que había hecho para ella las veces de madre, se encontraba en aquel instante camino de Munich y que no volvería a verla más!



Cumplió el conde de Voronoff las dos promesas que hiciera a la "Beila Mimi": la de casarse con su sobrina y la de hacerle educar

su voz; y algún tiempo después, Lucrecia estaba a punto de terminar su carrera de canto, ante la admiración de su profesora, que le decía:

—Estoy segurísima que el triunfo será definitivo.

—Entonces, ¿es verdad que sírco... que triunfaré? — preguntó con viva alegría Lucrecia.

En aquel instante entraba el Conde, y mientras su esposa cambiaba su vestido de casa por otro lujoso de calle, le dijo la profesora:

—Tengo que darle una agradable noticia, señor Conde: su esposa posee una de las voces más bellas que he oído en mi vida.

—En efecto, es una noticia agradable, señora profesora, pero no creo que para una condesa sea caso de vida o muerte poseer una voz de "prima donna"... ¡Supongo que comprenderá usted lo que quiero decirle! — repuso el Conde al despedirla.

En aquel momento, el rico aristócrata sentía por primera vez la mordedura de los celos; eran celos de aquel arte que, solapadamente, iba robándole el cariño de su esposa, y recurrió entonces a la astucia como único remedio para atajar el mal.

Empezó a fingir cierta alarma por la salud de Lucrecia, hasta el punto que la hizo reco-

nocer por un célebre especialista del pecho, que al despedirse del Conde la tranquilizó diciéndole:

—No hay ningún motivo de inquietud, señor conde. Su señora disfruta de una salud magnífica.

Pero el Conde estaba decidido a acabar para siempre las aficiones de su esposa, que él calificaba de muerla, y cuando entró en la habitación de ésta le dijo:

—El doctor me ha dicho que tienes una afección pulmonar... Por ahora no ofrece el menor peligro, pero no hay que jugar con esta clase de enfermedades. Me recomienda que pases una temporada en las tierras cálidas del Sur, y no hay más remedio que obedecerle.

—¡Pero eso no puede ser! — exclamó Lucrecia —. ¿Y mis lecciones de canto?... ¡Con lo adelantada que estoy!...

—No te inquietes por eso — la tranquilizó su esposo —. Cuando estés mejor, continuarás tus lecciones de canto.

Y la confiada joven, creyendo verdad las palabras de su marido, no opuso ninguna resistencia en seguir los consejos del facultativo.

...

Algunos días después, bajo el cielo azul de

la Riviera, donde en vez de los agudos pinos del Norte agitan sus ramas con un leve murmullo las palmeras. Lucrecia, acompañada de su esposo, se hallaba en pleno método de curación.

En el mismo hotel que los condes de Voronoff se hospedaba también Leonardo Ferrari, un veneciano, bajo cuya apariencia de hombre supercivilizado rugía un infierno de malas pasiones.

La extraordinaria belleza de Lucrecia y la diferencia de edad entre ella y su esposo llamaron grandemente la atención de cuantos vivían en el hotel, quienes sospechaban que existía algo anormal en este matrimonio.

Pero, entre todos, el que más pronto se sintió sugestionado por la belleza de la joven condesa, fue Leonardo Ferrari, que desde el primer momento procuró trabar conocimiento con los Condes, para aproximarse lo antes posible a Lucrecia y tratar de conseguir su amor.

Fué el amigo atento que los acompañaba de día en sus excursiones, mostrándoles las mil maravillas de aquel país de ensueño y poesía, y el caballero correcto y respetuoso que se ofrecía a bailar con Lucrecia por las noches en el hotel, cuando el tedio empezaba a ensañarse de los dos esposos.

En los días, en las semanas que siguieron,

el aburrimiento continuaba poniendo una muralla de hielo entre el conde y la condesa de Voronoff.

Para ésta, las bellas ilusiones de su juven-



La gloria era el gran amor de su vida, la suprema ilusión de todos sus instantes...

tud, en aquellos días de monótona soledad, se hacían más imperiosas que nunca, y una vez le preguntó a su marido:

Me dijiste que cuando estuviese bien volvería a tomar mis lecciones de canto...

— Ahora he cambiado de manera de pensar — respondió secamente el Conde —. ¡La mujer que lleva mi nombre no será nunca una artista!... ¡Nunca!... Al menos, mientras yo viva.

Lucrecia, ante la categórica respuesta de su marido, sintió su alma embargada por una triste melancolía. La gloria era el gran amor de su vida, la suprema ilusión de todos sus instantes... y ahora veía cómo aquel sueño que tantas veces había acariciado se le escapaba de las manos.



A la luz de aquel sol magnífico de la Riviera, proseguía para los condes de Voronoff

la representación del íntimo drama de su casamiento. Pero un día el Conde cayó enfermo, y en aquella contrariedad supo encontrar Lucrecia las fuerzas para ser una enfermera solícita y una esposa ejemplar.

No tenía en el hotel más amistad que la de Leonardo Ferrari, que todas las mañanas llegaba a preguntar por el estado del Conde.

Ferrari, debido a su vida de eterno conquistador, conocía el corazón de las mujeres, y sabía que el de Lucrecia era una fortaleza inexpugnable que había de rendirla a fuerza de astucia y, por lo mismo, en ninguna de sus conversaciones y galanterías dió lugar a la menor sospecha sobre sus intenciones.

Llegó aquella mañana, como otras veces, a las habitaciones de los Condes y le preguntó a Lucrecia:

— ¿Cómo sigue su marido?

— Está mejor... está ya en un plan de franca mejoría...

— A usted, en cambio, la veo siempre triste... ¿qué le sucede?

— Mi vida, Leonardo, está rota — suspiró la joven; y antes que pudiera confiarle el secreto que amargaba su existencia, la pérdida de todas sus ilusiones, oyó la voz de su marido que la llamaba preguntando:

— ¿Lucrecia! ¿Quién está ahí?

—Es el señor Ferrari, que ha venido a saber de ti — repuso ella, entrando seguida de Leonardo.

El conde de Voronoff, en quien la enfermedad había acrecentado aún más su continuo mal humor, exclamó, al verla entrar:

—¡No te ocupas de nada... parece que todo lo haces de mala gana! ¡Hace una hora que te pedí que me trajeses algunas frutas y todavía no te has acordado!

Mientras Lucrecia salió para traer lo que su esposo le pedía, por el cerebro de Ferrari, cada día más enamorado, con un amor que el silencio hacía más impenetrable, pasó una idea criminal.

En la mesilla del enfermo había varios frascos de medicamento y, en uno de ellos, la palabra "Veronal" le ofrecía el medio más eficaz de dejar a Lucrecia en plena libertad de admitir otros amores.

El Destino parecía querer ofrecerle la ocasión de llevar a cabo su pensamiento, pues el Conde, atacado de uno de sus frecuentes dolores, exclamó:

—¡El calmante... por favor!

Dudó Leonardo unos segundos, pero dejándose llevar de su instinto criminal vertió en el vaso casi todo el contenido del venenoso calmante y se lo hizo beber al Conde.

No tardó el narcótico en surtir sus efectos, y cuando Lucrecia volvió, Leonardo, en la habitación inmediata, quiso empezar a disfrutar el premio de su ignominiosa acción.



Pero Lucrecia, abrazándose al cadáver de su esposo, exclamó:

—¡Asesino!... ¡Asesino!...

—¡Canalla! ¡Déjeme usted o llamo a mi marido! — exclamó la joven deshaciéndose de los brazos de Ferrari y corriendo a la habitación del enfermo.

Al ver la inmovilidad de éste, se arrojó sobre su cadáver y comprendió todo lo que había ocurrido durante su ausencia.

—¿Qué ha hecho usted? — gritó ella, desesperada.

Librarla de su vida de martirio — repuso Leonardo tranquilamente.

Pero Lucrecia, abrazándose al cadáver de su esposo exclamó:

—¡Asesino!... ¡Asesino!...

Y algunos días después, cuando todo el mundo comentaba la muerte del Conde, por haber ingerido una dosis excesiva de narcótico, Lucrecia huía para siempre de aquellos lugares que le recordaban la tragedia, para emprender, sin trabas ya, el camino del arte; y Leonardo, abogado por los remordimientos, se castigaba a sí misma sobre la sepultura de su víctima.



Pasaron los meses, meses interminables de estudios y de ensayos, y al fin, en un teatro de provincias, Lucrecia de Voronoff empezaba a ver realizados sus sueños de gloria.

Naturalmente, no le faltaban a Lucrecia admiradores interesados en su nueva profesión, y uno de ellos era Roberto Kreuser, aquel compositor que un día conociera en el tren, y que empezaba, como ella, a gustar el sabor agri dulce de la fama, y a cultivar la amistad, muy cercana al amor, de la novel cantante.

La primera representación de la ópera "Carmen" había sido para Lucrecia un éxito clamoroso, y cuando después de la función su amigo entró a felicitarla, le dijo:

—Ya has llegado, Lucrecia!

—Gracias a ti, Roberto; no creas que lo olvido — le respondió la joven—. Sin tus lec-

¡Carmen y sin tus consejos, a estas horas no sería nada.

También el empresario del teatro había acudido a felicitarla y le dijo entusiasmado:



Y unas horas después Lucrecia había obtenido un ventajoso contrato para Berlín.

¡Ha estado usted admirable, Lucrecia... Ha cantado usted una "Carmen" ideal, sin amaneramientos... ¡Colosal!... El director de la Ópera, de Berlín, está en mi despacho. Me

ha dicho que le interesa usted mucho... Salga y veremos de obtener de él un buen contrato.

Y unas horas después, Lucrecia había obtenido un ventajoso contrato para Berlín.



... y en Berlín recibió Lucrecia la agradable visita de su antiguo compañero Roberto.

Pasó el tiempo, y en Berlín, donde tenía ahora su residencia de cantante internacional, recibió Lucrecia la agradable visita de su antiguo compañero Roberto.

En aquella entrevista el amor de los dos jóvenes habló con toda la fuerza de una pasión contenida durante tanto tiempo y Lucrecia, deseando conocer la vida de su amado, desde que se habían separado, le preguntó:

—¿Qué has hecho en todo ese tiempo, Roberto?

—He compuesto una obra que quisiera estrenar en la Ópera... La Dirección está conforme, pero a condición de que tú aceptes el primer papel.

—¡Ya lo creo que lo acepto!... ¡Desde hoy nuestros destinos marcharán juntos!

—Voy a explicarte, entonces, brevemente el asunto. Lleva por título "La asesina". Se trata de una mujer que mató al hombre que destruyó su vida... Es decir, ella no lo mató, pero consintió su muerte. Entonces, la acusada pierde la cabeza y confiesa un crimen que en realidad ella no cometió...

Aquel argumento que le explicaba Roberto era toda la amargura de su propia vida, y en aquel momento Lucrecia sintió la punzada del remordimiento: ella, como la heroína de la obra, no había matado, pero no había entregado tampoco a los tribunales al asesino de su marido. Sin embargo, supo ocultar su emoción a los ojos del amado y reiteró su promesa de estrenar la obra.

Los ensayos preliminares para el estreno se llevaron a cabo sin que ningún incidente los alterase; y llegó la noche de la primera representación.

En el "gallinero", como en la plaza, se es-



Lucrecia tardó bastante tiempo en recobrar el conocimiento...

cuchaba con religioso silencio, y hasta las gentes que iban a la Ópera por "snobismo" quedaban presas en las redes de la milagrosa melodía.

Se acercaba el final del segundo acto. El músico y la cantante triunfaban sin reserva alguna, pero al pronunciar las frases finales "Yo lo maté", Lucrecia, impresionada por la tétrica escena, vió en ella la de la muerte de su marido y cayó al suelo sin conocimiento.

Cayó el telón y en brazos de varios compañeros fué trasladada a su camerino.

Lucrecia tardó bastante tiempo en recobrar el conocimiento; y una vez repuesta salió al salón donde la esperaba Roberto, confesándole la causa de su desmayo.

La infeliz mujer le confesó lo que a ella se le imaginaba un delito horrendo: el haber tenido compasión del asesino de su marido y no haberse atrevido a denunciarlo.

Roberto vió en aquella declaración toda la ingenuidad e inocencia del alma de su amada y abrazándola dulcemente exclamó:

—Tranquilízate, Lucrecia; no hay en ti ni la sombra de una culpa. Fué el Destino quien sacrificó la vida de un hombre, para que tú pudieras emprender el inmortal *Camino del Arte*.

— FIN —

Con esta novela envía usted la postal-obsequio de
JIM MOORE

NO DEJE USTED DE LEER

Miguel Strogoff o El Correo del Zar

que ya se ha puesto a la venta

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

(EDICIONES ESPECIALES)

En breve, en esta misma colección:

La Princesa que supo amar

por Huguette Duflos

y Charles de Roche

Regalo de la partitura musical
CANTO DE AMOR

EL MAYOR EXITO DEL AÑO

lo ha constituido el espléndido

Número Almanaque para 1927

de

La Novela Semanal Cinematográfica

Profusión de argumentos, informaciones, crón y noticias, cuentos, novelas cortas, fotografías de artistas, etc., etc.

CÓMPRELO Y SE CONVENCERÁ

Regalo de un lujoso ALBUM para coleccionar las postales regaladas durante el año 1926.

UNA VERDADERA LOCURA

LE RECOMENDAMOS

la lectura del último libro publicado por la Biblioteca *Los Grandes Films*, de
La Novela Semanal Cinematográfica

ROSA DE LEVANTE

por CARMEN VIANER

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneos desahogos, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbéro, 10, BARCELONA. Torre, 21, MADRID. Fernsarril, 20, ILUM

J. Horta, Impresor. - Barcelona